



www.loqueleo.com/ec

© 2013, Edna Iturralde

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueiras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-821-1

Derechos de autor: 044512

Depósito legal: 005167

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Santillana Ecuador: Agosto 2013

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Julio 2017

Quinta impresión en Santillana Ecuador: Septiembre 2018

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Roger Ycaza

Actividades: Marlon López

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Los hermanos que cosechaban cuentos de hadas

Edna Iturralde



loqueleo



*En homenaje a los hermanos Grimm
al cumplirse el bicentenario de su recolección
de cuentos folclóricos alemanes.*

*Y con todo amor y admiración a los no videntes,
que poseen la maravillosa habilidad
de transportarse al mundo mágico
de los cuentos de hadas
y ver con los ojos de la fantasía.*

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Los gemelos que podían oler el sol	11
Un bisabuelo por demás notable	23
La princesa que detestaba el mal aliento	31
Los hermanos que cosechaban cuentos de hadas	43
La muchacha del cabello que creció con fertilizante	53
El muchacho que se convirtió en corzo	61
El sastrecillo que sacó provecho de siete moscas	69
La muchacha que no sabía usar tacones	77
El misterio de las malas madrastras	85
Los niños que no encontraban una respuesta	91
Calabazas y un hada madrina	97
Dos animales de singular apariencia	103

El extraño caso de los muñecos en el armario	111
La conocida casita de chocolate	117
La bruja recurre al pollo y a las papas fritas	125
El plan de un sapo con cabeza de gato	133
La aparición de las buenas madrastras	137
Un final con perfume a madre selvas	143
Biografía	155
Cuaderno de actividades	157

Los gemelos que podían oler el sol



11 Cuando doña Dorotea, la extraña tía a quien le gustaba que la llamaran Mamina, cumplió su rutina diaria de abrir los cortinajes del salón principal (mientras pedía disculpas a las arañas por el daño que les ocasionaba), los gemelos supieron que era un día de sol. No por el brillo, sino por su olor.

—Huele a fresas —comentó uno de ellos, olfateando por la rejilla de la ventana.

—Sí. Pues seguro que no hay nubes y el cielo estará muy azul, como lo describe papá —convino el otro.

Y ambos aspiraron con profundidad aquel olor. El sol siempre les había olido a fresas.

Mamina los miró con ternura. A pesar del parentesco, los había conocido apenas hacía dos

días. Al padre de los gemelos, único nieto de su hermano mayor, lo recordaba vagamente como un niño flaco de lentes con una sonrisa amable. Pero no lo había vuelto a ver más. Y es que ella nunca salía de su casa, ni de visita, ni para pasear, y tampoco invitaba a nadie ni hablaba con persona alguna. Por lo tanto, no se enteró de que el sobrino nieto quedó viudo al nacimiento de sus hijos ni de que se volvió a casar con una mujer a quien los gemelos amaban como a una madre. Eso lo supo por ellos mismos.

Sus pensamientos retrocedieron al motivo de la presencia de los niños en su casa. Recordó que el teléfono timbró con urgencia y esto causó que a ella se le escapara de las manos un plato que estaba secando. A aquel aparato negro, pegado a la pared de la cocina, lo había llegado a considerar como un adorno por la falta de uso y hasta pensaba que no funcionaba. Contestó con un «aló» entre asustado y curioso. Su asombro llegó al máximo cuando escuchó que la llamada venía de la jefatura de Policía. La primera explicación fue muy confusa, hasta que el policía,

en tono fastidiado, le dijo que, en conclusión, cuando fueron a investigar en el departamento de su sobrino nieto, encontraron una libreta donde estaba apuntado: «Tía abuela Dorotea (Mamina)» y el número de teléfono. Los niños aseguraron no tener otros parientes, por lo tanto le pidieron que por favor se hiciera cargo de ellos mientras se realizaban las investigaciones acerca de la desaparición de los padres. Ella aceptó, y los gemelos llegaron por la noche asustados y llorosos, pero se abrazaron a ella como si la hubieran conocido de toda la vida.

—En esto de olores, tengo que admitir que es algo muy curioso. Por ejemplo, a mí la noche me trae el perfume de la madreselva, me hace sentir romántica —confesó Mamina con cierta timidez en la voz que disimuló con una sonrisa que apareció formando aún más arrugas en su rostro, antes de sugerir que debían ir a desayunar.

Luis y José tenían diez años cumplidos apenas hacía cuarenta y ocho horas. Eran gemelos idénticos: de cabellos castaños y ondulados, narices respingonas, flacos y muy altos para su

edad. Así decía papá cuando medía su altura tomando como punto de referencia la manija de la puerta del baño en el departamento donde vivían con él y Anabela. Al momento se encontraban en aquella casona vieja donde las maderas del piso crujían. De hecho, esos crujidos resultaron ser de gran utilidad para que los gemelos aprendieran a moverse sin dificultades en aquel nuevo lugar. Ser no videntes desde su nacimiento era un detalle que no afectaba en nada sus vidas, y más bien las había enriquecido, pues los otros sentidos se habían desarrollado maravillosamente. No había olor que no percibieran; ruido que no escucharan, por minúsculo que fuera; ni objeto alguno que pasara desapercibido bajo sus sensibles dedos. Además, poseían una extraordinaria imaginación nacida y alimentada por la lectura. Algo que ellos ansiaban más que todas las golosinas que Mamina les ofreció.

—Papá nos lee todas las noches —dijo Luis, suspirando, después del desayuno.

—Y Anabela también —aseguró José, recordando a su madrastra—. ¿Sería posible que tú nos leyeras? —continuó ansioso.

Mamina les dijo que ella tenía un viejo libro de cuentos. Que esperaran un momentito, que ya lo iba a traer. Sin embargo, regresó con las manos vacías.

—¡Ay, si apareciera ese dichoso libro! —se quejó Mamina, alzando las manos al cielo como si de esa manera pudiera obligarlo a materializarse en el aire.

Lo describió viejísimo, con tapas de cuero y una ilustración de *Blancanieves y los siete enanitos* en la portada. Adentro estaba toda la colección de los cuentos de los hermanos Grimm. Y nombró los que más recordaba: *Hansel y Gretel*, *La Cenicienta*, *La Bella Durmiente*, *Rapunzel*, *Los dos hermanitos* y *El Sastrecillo Valiente*.

—Pero si me parece verlo, qué desastre no encontrarlo, ¡qué desastre!

En realidad, la llegada de los gemelos, sus ansias de que les leyeran y el no poder encontrar aquel dichoso libro eran un desastre para la anciana regordeta, de ojillos negros y cabello completamente blanco, peinado en un moño de rizos al tope de su cabeza. Los únicos libros que había en su casa eran unos



viejos tomos de *El arte de cocinar*, editados en Madrid, España, en 1899; o la guía telefónica de hacía varias décadas, porque ella no necesitaba tenerla actualizada.

Pero Mamina era una persona de recursos y muy creativa; por lo tanto, se le ocurrió una idea. «A falta de pan, buenas son las tortas», se dijo, y empezó a leer el libro de cocina:

—Tenga listos quince huuuevos de ganso, meedio balde de mantequilla, un kilooo de azúcar —leyó Mamina, cambiando el tono de voz para que aquella lectura sonara entretenida—, y cuatro kilos de harina. Bata todo junto mientras reza tres avemarías. Meta al horno de leña, calculando el calor y tiempo necesarios, e inserte una paja de la escoba: si sale limpia de masa, la torta estará lista... ¡Vaya! Benditas las épocas de las familias numerosas. ¡Esto alimentaría a todo un batallón! Bien, ahora leeremos este otro libro. Buscaremos nombres de mujeres y de hombres y luego veremos de cuáles hay más —y continuó leyendo la guía telefónica—: Abandia, Manuel Francisco, número 2335; Abendi, Juana María,

número 2344... No. Tampoco sirve. Es aburrido —admitió, frunciendo los labios.

18 Pero los gemelos estaban tan hambrientos de lectura que disfrutaron imaginándose a Manuel Francisco Abandia y a Juana María Abendi conversando con una gansa que estaba incubando una montaña de quince huevos. Esto les recordaba el libro de poemas de Mamá Gansa que Anabela les leía.

Anabela y papá. Los gemelos trataron de no pensar tanto en lo mismo pero los recuerdos se metieron a la fuerza. Aquella horrible experiencia, más bien parecida a una pesadilla, había sucedido en una pizzería mientras celebraban sus cumpleaños...

—Escucha, Luis. ¿Dónde crees que estarán? —preguntó José.

Mamina también escuchó la pregunta.

—¡Ay! ¡Si pudiera encontrar el dichoso libro! —exclamó la anciana para cambiar de tema y justificar la angustia que sentía.

Y no era para menos. El resto de la conversación telefónica con la Policía se había centrado en el terrible problema: su único sobrino nie-

to y su segunda esposa habían sido víctimas de un secuestro. Los delincuentes exigían una enorme suma de dinero para el rescate. Mamina era anciana, había vivido largos años, y por lo tanto tenía mucha experiencia, que se traducía en sabiduría. Se alistó para el plan B. Si la Policía fallaba, habría que dar el dinero a los bandidos. Por lo tanto, ella estaba considerando poner en venta, muy a su pesar, la vieja casona. Sabía que nadie la compraría como vivienda; sería derrumbada y construirían allí alguna monstruosidad moderna como las que veía desde su ventana, cuadrada y cerrada como una caja, pero la terrible situación en la que se encontraban así lo exigía.

La casa pertenecía a varias generaciones de su familia y Mamina había nacido allí casi un siglo atrás. Hasta el momento jamás se le habría ocurrido cambiarse de domicilio. Sus fantasmas y recuerdos habitaban allí y, si los desalojaban, se perderían para siempre.

—Nosotros podemos ayudarte a buscar el libro —sugirió Luis, rompiendo el hilo de los tristes pensamientos de la anciana.

—Ay, niños, pero si ustedes no pueden...
—Mamina se detuvo azorada. No tenía experiencia hablando con ciegos—. Quiero decir que la casa es muy oscura...

Sintió que estaba en un peor enredo, pero las risas de los gemelos la sacaron del apuro.

—Que no haya luz no es problema para nosotros —intervino José.

—Es cierto —corroboró Luis—, solo es cuestión de buscarlo y listo.

Mamina se quedó silenciosa y pareció recordar algo.

—¡Pero claro! El libro debe estar en la habitación de Jacobo... del bisabuelo Jacobo —añadió con algo de nerviosismo.

—Ah, entonces no vives sola como dijiste.

José frunció el entrecejo.

Sin darle tiempo a contestar, intervino Luis:

—¿Por qué no nos presentas al bisabuelo? Si él tiene el libro, se lo pedimos prestado y tú nos lo lees o, de pronto, él mismo quiere hacerlo.

Mamina meneó la cabeza divertida y les dijo que el bisabuelo Jacobo era muy espe-

cial, un poco gruñón, y que no le gustaba hablar con extraños. Además, su habitación quedaba al final del tercer piso y había que subir varios escalones en espiral y que mejor no lo hicieran.

—Yo iré más tardecito a buscarlo. Apenas salgan las galletas de chocolate que tengo en el horno —prometió Mamina.

Sin embargo, no contaba con el entusiasmo de los gemelos. Con un sistema de código que consistía en darse de codazos entre leves y fuertes, se pusieron de acuerdo en ir, en ese mismo momento, a buscar la habitación del bisabuelo Jacobo y de aquel libro.

—Mientras esperas, ¿podemos nosotros practicar a subir y bajar las gradas? —pidió José con un tono tal de dulzura que, de haberlo escuchado su papá o Anabela, la sospecha de que fraguaba una travesura habría llenado sus mentes como una avalancha.

Pero Mamina no los conocía, así que facilitó las cosas al aceptar lo que proponían. «Pobres niñitos», pensó. «Claro, ellos vivían en un de-